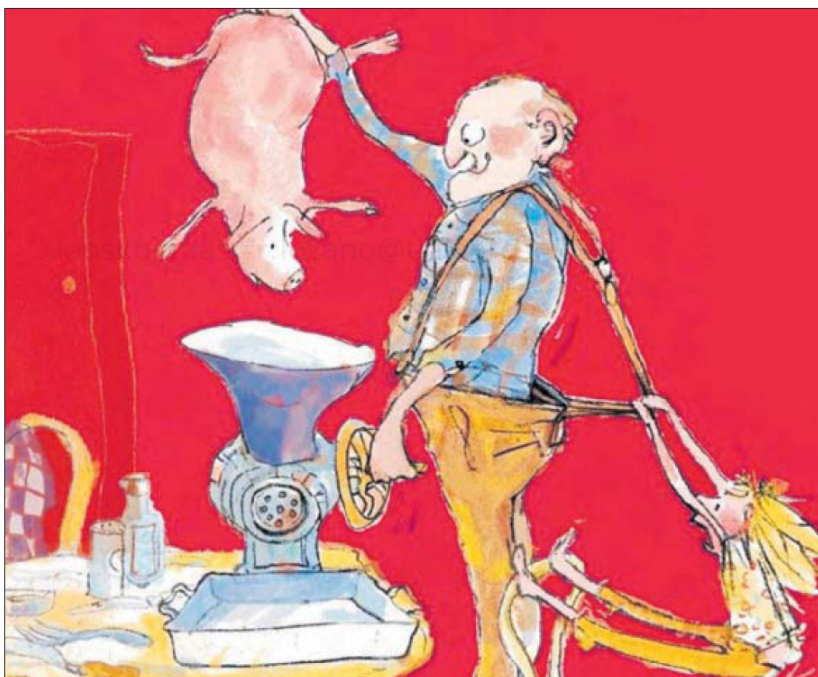


## CULTURA



A la izquierda, detalle de las portadas de *La venganza de Oinc*. A la derecha arriba, *Curso intensivo para hacerse rico* y, abajo, *Bienvenidos a Grimwood*.

Decenas de libros infantiles y juveniles siguen la estela de Roald Dahl al mantener gamberrismo e ironía despiadada en sus historias

## Lecturas para pequeños rebeldes

TOMMASO KOCH, Madrid Al fin ha nacido Humberto. ¡Qué emoción! Aunque lo primero que sus padres sienten es más bien asombro. ¿No se supone que debería ser minúsculo? ¿De dónde salió ese bebé colosal? Cuando la mamá se lo pone encima, casi acaba aplastada. Para llevarle a casa, hace falta una grúa. Y la criatura no se sacia ni comiendo latas enteras. De ahí que pase a devorar a la gata e incluso a su propia progenitora. Salvaje. Y, sin embargo, hay más: en *El gran libro de los niños malos*, de David Walliams (Montena), las chiquillas torturan animales y un joven mimado desaparece para siempre dentro de una tarta. El relato finaliza así: "No seas glotón. Eso podría acabar ahogándote".

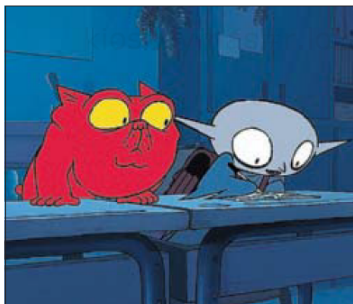
En realidad, esas páginas encierran más lecciones. También, y sobre todo, para los adultos. Porque las obras de Walliams llevan años vendiendo millones de ejemplares con abuelas gánsteres y protagonistas malolientes. Es decir, con rebeldía, gamberrismo y humor. Todo para lectores de ocho años en adelante. No se trata de educar, sino de crear y fascinar, sin miedo ni ataduras. Igual que *La venganza de Oinc*, de Tosca Menten (Takatuka), que amenaza desde la propia portada con convertir a un cerdito en un montón de salchichas. O *Cartas escritas con plumas y pelos*, de Philippe Lechermeier y Delphine Perret (Pipala), donde un caracol se obsesiona con una babosa *top model* y el cerdito de indias pide en una indignada misiva que le cambien de nombre.

La lista se antoja mucho más larga: millonarios que animan a no tener escrúpulos (*Curso inten-*

*sivo para hacerse rico*, de Roberto Aliaga y Miguel Ángel Díez, en Edebé), monstruos engullidos por el váter (*Las aventuras del Capitán Calzoncillos*, de Dav Pilkey, en SM), reflexiones decapitadas (*En qué piensa una cabeza cortada*, de Juan Carlos Quezadas y Carla Besora, en *A buen paso*) o una muchacha que contagia a todo Buckingham sus malos modales en el cómic *La cena con la reina*, de Rutu Modan (Fulgencio Pimentel). Tanto como para generar una duda: la presunta dictadura moralizadora debe de andar muy distraída. Tal vez su yugo no sea para tanto. O, cuando menos, aunque se retocan las novelas de Roald Dahl para evitar cualquier potencial ofensa o se denuncia lo "esterilizada" que está la mayoría de la literatura infantil y juvenil, la resistencia entre los autores es igual de poderosa.

"Es cierto que estamos en un momento de bastante corrección política en los libros para niños igual que para adultos. No solo por puritanismo, sino porque se mira la cuenta de beneficios. Pero eso no significa que haya una censura que nos impida trabajar", asevera Ana Campoy. Como indicio, su exitosa *Pepa Guindilla* (Nórdica) introduce a la protagonista lanzando escupitajos. "Hay mayores precauciones en algunos editores infantiles y juveniles. Pero nunca me he encontrado con ninguno que me dijera: 'No pongas eso'. Y voy muy, muy al límite. Me parece atractivo forzar un poco la máquina", confiesa el autor Diego Arboleda.

De ahí que este autor concibiera una abuela que abandonó a su familia para marcharse con un grupo de artistas en *Papeles arrugados* o una chica gafe y una galería de peculiares personajes en *Prohibido leer a Lewis Carroll* (ambos en Anaya), que suma 12 ediciones y le llevó hasta de gira por China. Aunque Arboleda confiesa que el mito que más le marcó fue Roald Dahl. A Walliams directamente le han comparado con él. Y, más en general, la estela del genio británico se intuye en varios de los autores más dis-



Un momento de *El pequeño vampiro*.

Los relatos de Walliams tratan de abuelas gánsteres y personas malolientes

"Los niños agradecen que les hables de la realidad", sostiene una autora

los. Ahí está la ironía como pilar fundamental; personajes aparentemente débiles que acaban revelando su fuerza; presuntos defectos que se vuelven virtudes; momentos desagradables, ya sea por escatológicos u horripilantes; ritmo endiablado; a nivel gráfico, ilustraciones y una maquetación que también persigue la libertad; y, de fondo, asuntos tan complejos como la muerte o la decepción, que se digieren mejor con una sonrisa. "El mensaje más transgresor que se puede ofrecer es el derecho a la conversación literaria sin corsés, ni advertencias. Dar la posibilidad de que surjan las preguntas de los lugares más inesperados, abrir charlas, entender al libro como objeto, como artefacto estético que procura la belleza", reflexiona Freddy Gonçalves Da Silva, divulgador, escritor y crítico de literatura infantil y juvenil.

Sin embargo, el listón de Dahl puede resultar a la vez dañino: tres profesores universitarios expertos en la materia se muestran escépticos ante la posibilidad de que alguien alcance la calidad literaria o la forma de narrar el mundo del maestro. Y cuesta maldirse también con iconos fallecidos como Astrid Lindgren, (*Pippi Calzaslargas*), Sid Fleischman (*La maravillosa granja de McBroom*) o Juan Muñoz Martín (*El pirata Garrapata*).

Dahl, en todo caso, dejó otra referencia que muchos comparten: solía decir que únicamente le importaba la opinión de los niños, con los que tenía montada "una conspiración" frente a los

adultos. "Los pequeños son un público mucho más sofisticado de lo que algunos creen. No me gusta la condescendencia que a veces se usa con ellos o que se les dé cualquier basura vieja para leer. Por supuesto que espero que padres, maestros o liberos también aprecien mis obras. Pero estoy ante todo al servicio de mis lectores", tercia Nadia Shireen, escritora del enloquecido *Bienvenidos a Grimwood* (Blackie Books), donde hay gritos, delirios, enfados, surrealismo, un animal pierde literalmente la cabeza y otro roe un cable eléctrico. La autora reivindica así la importancia de entender y tomarse en serio a su audiencia.

Tanto Arboleda como Campoy siguen leyendo obras para los más pequeños y participan en muchos encuentros con ellos, para preguntar y escuchar. Ahí, el primero se llevó una sorpresa que aún recuerda: no todos los días se habla con niños de seis años "de un scriptorium medieval". Y eso que estuvo a punto de quitar tan elevada referencia en una de sus novelas, por temores de subir demasiado el nivel. "Todos llevamos dentro un mal educador", afirma. "En la selección, el adultocentrismo es uno de los problemas", agrega Gonçalves Da Silva. O, dicho de otra forma, que nadie subestime ni sobreproteja a los más pequeños. Entre otras cosas, porque se muestran como jueces implacables. "Son los lectores más agradecidos y estrictos. Si les fallo, no tardan nada en cerrar el libro", agrega Arboleda.

Lo cual no significa que necesariamente puedan con todo. Ha-